

R E S E Ñ A S

(PÁGINA EN BLANCO)

Juan A. FRAGO GRACIA, *Toponimia del Campo de Borja. Estudio Lexicológico*. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, 1980.

0. No es precisamente la abundancia la característica más acusada que se puede aplicar al ámbito de los estudios de toponimia en nuestra literatura científica. Son de gran valor las aportaciones de Asín, Menéndez Pidal, Corominas, M. Alvar L. y A. Llorente, pero con todo, los estudios sobre topónimos no abundan como sería de desear. Este terreno presenta muchas dificultades al confluír en él, junto a factores puramente lingüísticos, otros de carácter extralingüístico no menos importantes. Juan A. Frago nos ofrece una investigación lexicológica de un concreto espacio aragonés: el Campo de Borja. Estudio que aúna las perspectivas diacrónica y sincrónica como única forma de establecer la identidad lexicológica de cualquier lengua o dialecto; además en este caso, como señala el autor, se hace imprescindible por haber perdido la zona estudiada su personalidad lingüística originaria.

1. Los resultados globales del trabajo trascienden el hecho meramente local, ya que J. A. Frago realiza una serie de referencias, diacrónicas y sincrónicas, a otras zonas navarro-aragonesas, al catalán y al castellano.

Falta mucho por hacer en el campo lexicológico del aragonés y en lo que respecta a la caracterización histórica del léxico usual; para ello es imprescindible la complementación de los métodos. La consecución de una historia lexical del aragonés, sistemática y concisa, es una tarea bastante difícil, igual que ocurre con otras zonas lingüísticas de la Península; de aquí la originalidad inicial que ofrece el estudio que reseñamos. La aportación de J. A. Frago consiste en desvelar la realidad lexical del aragonés en el periodo documentado de su plena vigencia dialectal, sin descuidar los hechos que la influencia del sustrato ha realizado en el léxico que estudia.

El autor analiza la toponimia de una zona del Occidente aragonés limítrofe a Navarra y próxima a Soria (dominio castellano), situada en la ancha franja del Aragón medio. El objetivo es doble:

a) Establecer la estratificación léxica en el referido contexto geográfico y verificar la manera de operar en dicho territorio el proceso de castellanización dentro del campo del léxico toponímico.

b) Realizar incursiones comparativas, por la vecindad de las tierras navarras, en el interior del común acervo léxico navarro-aragonés.

El corpus elegido es bastante coherente; por ser los nombres de lugar los que se prestan mejor a una documentación adecuada y también porque muchos de ellos perviven en "el empleo paralelo de apelativos", al menos con difusión local. Este corpus permite enlazar con más facilidad los puntos de vista diacrónico y sincrónico, y al mismo tiempo constituyen una serie de voces enraizadas en la tradición léxica de la zona y reacias a ser sustituidas por elementos léxicos castellanos. La pervivencia de los topónimos se puede explicar por:

—Su resistencia a la desamentización.

—Suelen ser de ámbito rural.

Es interesante el uso del léxico toponímico en la encuesta dialectal; como indica J. Chaurand, ésta decidirá si un determinado topónimo es nombre propio opaco, si conserva indicios de contenido semántico o si tiene valor de apelativo al mismo tiempo que denominación geográfica. Es indudable la proyección histórica que encierran los nombres de lugar; como ha definido L. R. Palmer, la toponimia puede verse como una dialectología cristalizada.

2. El campo de estudio lexicológico es la cuenca media y baja del Huecha, términos municipales que rodean al río hasta la desembocadura del Ebro. Zona de vida rural con población de agricultores, pastores y leñadores.

Desde un punto de vista histórico, parece ser que la región de que forma parte el Campo de Borja ha tenido contacto con los celtíberos, por un lado, y los vascos, por otro; existe la hipótesis, muy aceptada por los historiadores, que identifica Borja con la vieja *Bursao* celtibérica.

En el siglo XII se produce la repoblación de una parte de esta zona con mozárabes de Andalucía, dato importante a tener en cuenta por sus implicaciones lingüísticas. Más importante es el hecho de que se encuentren topónimos y apelativos que revelan estadios fonéticos propios de la época hispano-visigoda, esto prueba su transmisión por una mozarabía autóctona. El problema mozárabe en Aragón y su incidencia sobre la configuración lingüística de esta región no han sido debidamente estudiados, si bien M. Sanchís Guarnier esboza la idea de que los mozárabes de Zaragoza fueron factor importante en la diferenciación lingüística entre el dialecto centropirenaico y el aragonés del Medio Ebro.

Hay dos aspectos que pueden considerarse determinantes de la particular historia lingüística y extralingüística de esta área:

a) La conexión con el Ebro como la vía que sirve de nexo en la comunicación cultural con el resto de la Península.

b) Ser el valle del Huecha una zona singular, al servir de puente con la meseta castellana.

3. El estudio de los topónimos ocupa el capítulo tercero del trabajo. El corpus aparece por orden alfabético y cada topónimo viene estudiado indicando: su origen etimológico, su composición, explicación lingüística del mismo y la documentación correspondiente. Como se ha señalado antes, el estudio combina las perspectivas diacrónica y sincrónica.

4. La investigación toponímica tiene un considerable valor histórico por el fuerte arraigo de las denominaciones corográficas y la resistencia a su sustitución. Resulta muy frecuente, cualquiera que sea el territorio estudiado, encontrar elementos léxicos que constituyen huellas lingüísticas del paso de diferentes pueblos y culturas por el ámbito geográfico en cuestión, de lo que la Península es uno de los ejemplos más notorios.

A pesar de que la investigación es esencialmente lingüística, Juan A. Frago considera pertinente referirse a algunos rasgos extralingüísticos insertos en la toponimia del área del Huecha:

- a) Proyección arqueológica que poseen algunos nombres de lugar.
- b) Testimonios de índole sociológica o folklórica.
- c) Corpus hagiotoponímico, revelador de facetas socioculturales, verbigracia, los elementos agrupados bajo el lema "San", o los que se pueden relacionar con formas antiguas de propiedad, básicamente de origen eclesiástico, como *Fuente del Fraile*.

En la investigación toponímica es fundamental diferenciar aquellos términos de difusión general en las distintas áreas analizadas y las formas específicas de una zona concreta, en este caso la ribera del Huecha y por extensión el dominio aragonés. J. A. Frago señala que es muy difícil un estudio exhaustivo de la estratigrafía lexical por los problemas de filiación etimológica que atribuye al enmascaramiento fonético de muchos topónimos. El problema se agrava al no existir una historia total del léxico hispánico. Con una actitud, a nuestro juicio en exceso modesta, ante los resultados que obtiene, clasifica el corpus de la siguiente manera: 353 lemas de origen latino, 56 prerromanos, 44 árabes y 13 germanismos, algunos de ellos dudosos.

Analiza con detalle los distintos grupos referidos antes, destacando la abundancia de los topónimos prerromanos, básicamente de etimología céltica. Este elevado número de celtismos es un índice de gran importancia en aplicaciones de tipo histórico que verificarían hipótesis como las de J. de Hoz y L. Michelena. Es de gran interés el estudio de la pervivencia dialectal en los topónimos analizados.

5. El autor realiza una aproximación bastante significativa sobre el mecanismo de formación de los topónimos analizados, especialmente la sufijación.

6. El capítulo final del trabajo toca un problema de gran interés para la historia de la lengua: el mozarabismo en relación con la zona geográfica analizada. Estudia una serie de voces que sólo se explican por pertenecer a una población románica que las mantuvo, a pesar del asaltamiento musulmán en esta parte del Occidente aragonés, de forma que estas denominaciones fueron aceptadas por los árabes. Dedicada además especial atención a los topónimos en que se conserva el grupo —MB—: Ámbel, Ambum, Lombo. La permanencia de este grupo consonántico, bastante uniforme en las tres zonas aragonesa, navarra y riojana, habría que buscarla en razones extralingüísticas, como el aislamiento de los distintos núcleos de población románica. El autor deduce que la conservación de este grupo consonántico choca con la teoría de que la asimilación del mismo se produjo por la acción de un sustrato suditálico.

J. A. Frago ha realizado un modélico trabajo de despojo documental y aplicación de las más rigurosas técnicas de crítica lingüística. No es frecuente encontrar en la bibliografía sobre estos temas análisis que trascendiendo el simple dato aclaratorio sobre los orígenes de un determinado corpus léxico lo sitúe en sus relaciones históricas y lo prolongue hasta resolver problemas de historia de la lengua mucho más generales.

La obra recoge una completa bibliografía y un índice de voces muy útil para la localización en el texto.

Laura Olarte Stampa

María Isabel ALVARO ZAMORA, *Léxico de la cerámica y alfarería aragonesas*. Zaragoza, Pórtico, 1981, 411 págs.

María Isabel Alvaro, que ya ha mostrado en trabajos anteriores el deseo de divulgar la cerámica y alfarería aragonesas (*Cerámica aragonesa I*, Zaragoza, Librería General, 1976; *Cerámica aragonesa decorada*, Zaragoza, Pórtico, 1978; *Alfarería popular aragonesa*, Zaragoza, Pórtico, 1980), presenta en esta ocasión un diccionario donde recoge la terminología propia de estos oficios. Los propósitos que le han impulsado a realizarlo, según ella misma señala en el prólogo, se orientan en una doble dirección: dar a conocer el nombre preciso de cada objeto o actividad, y evitar que caigan en el olvido unas voces tradicionales en franco proceso de desaparición.

Las palabras objeto de estudio aparecen ordenadas alfabéticamente mediante unas entradas léxicas en las que la definición va acompañada de completas explicaciones; de este modo, no sólo se indica lo que es un *azulejo*, *botijo*, *cuenco*, *olla* o *torno*, sino que se apuntan los distintos tipos existentes, las diversas técnicas de fabricación y otros datos de interés. En formas como *azul*, *jaspeada*, *litargirio* 'ingrediente de la fórmula de reflejo metálico' o *manganeso*, se explica ampliamente el proceso de elaboración de las tinturas, el sistema de coloración de los objetos, etc. En otras ocasiones los comentarios se refieren a la procedencia de determinadas piezas (*albarello* 'vasija', de origen oriental), o a la época en que son habituales (así, *alfardón* 'azulejo', característico de los siglos XIV y XV). Destaca el extenso apartado que dedica a elementos básicos como *alfarería*, *azulejo*, *horno*, *obra*, *puchero*, entre otros.

En el vocabulario, donde se entremezclan términos actuales y documentales, se encuentran reflejados todos los aspectos relacionados con este mundo artesanal; se enumeran, por ejemplo, los materiales empleados (*arcilla*, *barro*, *tierra*), los instrumentos que se utilizan (*as* 'hierro largo con mango de madera y gancho en su extremo', *casco* 'media escudilla usada para dar forma a los platos', *tramuji* 'utensilio de origen árabe'), las partes del horno (*caldera*, *capa*, *mesa*), el nombre de las piezas (*botija*, *calorífero* 'especie de botella usada para caldear la cama', *fortainero* 'hucha', *teja*), los motivos decorativos (*alfia* 'inscripción con caracteres árabes', *hom* 'piña o árbol de la vida'), las distintas actividades del alfarero (*abocar* 'dar color mediante un engobe o engalba a la boca de una vasija', *barnizar*, *empeguntar* 'cubrir de pez el interior o cara de una vasija', *juaguetear* 'cocer por primera vez una pieza', *tornear*) y los apelativos que recibe según la acción que realiza (*alambrador* 'el que alambraba las vasijas de barro', *rejolero* 'el que hace tejas y ladrillos en Aragón', *tejero*). Se hace referencia, igualmente, a los sistemas tradicionales de venta de estos objetos: *por cuentos*, *gruesa*, *lote*.

Se citan, además, algunas localidades en las que hubo importantes talleres, en la actualidad extinguidos (Almonacid de la Sierra, Ejea de los Caballeros, Illueca), o que perduran, bien sea con cerámica tradicional (Calanda, Naval, Teruel), o con el establecimiento de artesanos que buscan nuevas vías de expresión: Calaceite, Fraga, Zaragoza. La autora cita también poblaciones no pertenecientes a nuestra región, que han influido en la cerámica aragonesa, como Manises o Talavera de la Reina.

Las características de este trabajo permiten, asimismo, una aproximación desde el punto de vista lingüístico; en él se observa la existencia de vocablos comunes a toda la alfarería española (*hacer la frita* 'preparar el baño vitrificador'), y otros que, siendo corrientes en las demás regiones, se desconocen en Aragón (*pata de gallo* 'soporte de barro cocido'); hay aragonesismos generales como *ansar* 'poner asas a las vasijas', *porgar* 'acción de quitar a la tierra las impurezas', y voces exclusivas de algún pueblo o zona concreta —a veces en relación con

las de áreas colindantes—; pueden mencionarse las anotadas en la localidad oscense de Fraga (*cantarellet* 'cántaro pequeño') o en toda la comarca de La Litera (*cetрил* 'vasija de barro cocido'). En otros casos se descubren dobles de gran interés dialectal: *desenformar* - *desenhornar*; *desformar* - *deshornar*; *rollo* - *ruejo* - *ruello*; *tinajero* - *tinallero*, etc.

Un excelente apéndice de dibujos sirve de complemento a la obra; en él se reproducen distintos tipos de herramientas y hornos, con esquemas en los que la autora detalla cada una de sus partes; hay, igualmente, diversas formas cerámicas: vasijas, ollas, jarros, etc.

Se trata, en definitiva, de un estudio muy completo que muestra la importancia de la cerámica y alfarería en Aragón, así como la riqueza y variedad de su léxico; puede ser de gran utilidad para el aficionado, al que permitirá una lectura más provechosa de otros libros especializados, y también para el no iniciado, como una primera aproximación al tema.

Rosa María Castañer Martín  
Universidad de Zaragoza

PEDRO ALFONSO, *Disciplina Clericalis*. Introducción y notas de María Jesús Lacarra; traducción de Esperanza Ducay. Zaragoza. Guara Editorial. 1980. 157 págs. (Nueva biblioteca de autores aragoneses.)

Esta obra de la cuentística medieval estaba a la espera de una buena edición española, porque la realizada en 1948 por González Palencia había quedado ciertamente anticuada. La que hoy comentamos presenta una gran abundancia de notas y una pormenorizada introducción realizadas por la profesora María Jesús Lacarra, de la que ya sabemos de su buen quehacer por medio de su libro *Cuentística medieval en España: Los orígenes* (Zaragoza, 1979). En la introducción traza unos apuntes biográficos del autor Pedro Alfonso, así como una detallada revisión de su labor, tanto apologética (pp. 16-18) como científica (pp. 18-23) y didáctica (pp. 23-24); ésta es una pequeña introducción, nos referimos a la didáctica, al último apartado, el titulado "La construcción de la *Disciplina Clericalis*" (pp. 24-37). En el mínimo espacio de estas páginas traza con todo detalle cómo Pedro Alfonso "construyó" su libro, viendo como lo hicieron otros autores de apólogos. Por otra



parte hay un breve resumen de cada cuento, que es necesario para mostrar que "el cambio de unos temas a otros nunca se hará de forma brusca, sino gradual, buscando siempre ejemplos o sentencias que favorezcan la transición" (pág. 29).

Las notas a la "Traducción", segunda parte de esta edición, son también de la profesora Lacarra. Son detalladas al máximo y es la primera vez que vemos que en una edición española de cuentos se utilizan los *Motif Index of Folktale* de Thompson, así como los "International Folklore Motifs in Petrus Alphonsi's *Disciplina Clericalis*" de Schwarzbaum.

La traducción, hecha por la profesora Esperanza Ducay, es impecable. La única pega, por así llamarla y quizá atribuible a la editorial, es que no se hallen enfrentados los textos para poder hacer las comparaciones fácilmente. Este mismo "fallo" lo presentaba la ya citada edición de Angel González Palencia. Pero a pesar de esto, que implica un poco más de "pagineo", es una excelente edición, tanto desde el punto de vista de la introducción y notas de María Jesús Lacarra como de la traducción de Esperanza Ducay, a quienes desde aquí animamos para que sigan dando a conocer al gran público, no sólo aragonés como es el propósito de Guara Editorial, sino español e hispanohablante en general, toda suerte de libros de cuentos medievales, un tanto olvidados de nuestros editores y estudiosos.

José M. Fradejas Rueda  
Instituto "Miguel de Cervantes"

Julio ALVAR, *Etnología. (Método y práctica)*. Zaragoza, Guara, 1981, 139 págs.

Julio Alvar se propone con este libro dar a conocer la metodología utilizada en sus investigaciones. Rechaza la actitud de aquellos etnólogos que ocultan celosamente el sistema seguido, con lo que privan al lector de una prueba fiable que le permita valorar el grado de credibilidad que su estudio merece; defiende, por el contrario, la necesidad de publicarlo, y abrirse de este modo a las críticas que puedan derivarse de su exposición y que sin duda serán enriquecedoras.

Nos encontramos ante una obra eminentemente práctica que proporciona numerosos consejos y sugerencias para quienes quieran iniciarse

en este interesante camino. Muestra, además, el gran esfuerzo y rigor científico que la realización de un trabajo etnográfico requiere: No se trata de ir a un lugar determinado y hacer una serie de preguntas y observaciones que luego darán una idea aproximada de cómo es la vida de una comunidad, sino que supone una labor lenta y minuciosa en la que, desde la búsqueda de puntos adecuados para realizar la encuesta hasta su definitiva redacción, nada se deja al azar.

Comienza el autor por exponer lo que para él es la Etnología: estudio del hombre "como ente psíquico y social, o sea como ser humano en todas sus facetas y actividades" (pág. 9). Hace referencia, a continuación, a la dificultad de delimitar las fronteras entre ciencias afines, y para ello reproduce distintas definiciones que sobre Antropología, Etnografía, Etnología y Folklore se han dado; pero renuncia a entrar en discusiones terminológicas porque, termina diciendo, "el nombre que se dé a la ciencia, o al investigador, poco importa; lo que cuenta es el trabajo y su resultado" (pág. 20).

Llegamos, así, a la parte central del libro, en la que expone las distintas fases que una investigación etnográfica requiere. Es necesario, en primer lugar, elegir el área que va a ser objeto de análisis, y después examinar sus accidentes geográficos, factores socioeconómicos y características culturales para establecer los puntos de encuesta más adecuados y elaborar el cuestionario general.

Se ocupa también del material que el etnógrafo necesita llevar en sus desplazamientos y explica el modo cómo debe utilizarlo. Lo agrupa en tres apartados: elementos de registro manual, de registro mecánico y complementos. Entre los primeros incluye *mapas, cuestionarios* —que deben ajustarse a los fines propuestos—, *fichas* —donde figurarán los datos de cada uno de los objetos y su representación gráfica— y el *cuaderno de notas*, que es el auténtico diario del investigador. La *máquina fotográfica*, el *tomavistas* y el *magnetófono* son imprescindibles elementos de registro mecánico; y el papel secante, *cartulinas*, *cajitas*, *herramientas*, etc., entran en el grupo de los complementos.

Una vez elegidos los puntos de encuesta, confeccionado el cuestionario y preparados los útiles precisos, se inicia el trabajo de campo en el que se realiza la recogida sistemática de materiales. Destaca Alvar la importancia que tiene la actitud adoptada por el encuestador, de la que depende, en gran medida, el éxito de su misión; su postura ha de ser sencilla y humilde, procurando no herir al entrevistado —que sabe mucho más que él sobre el tema— e intentando ganar su confianza y amistad para que sus respuestas sean sinceras.

Viene, por último, la labor de gabinete que también requiere perseverancia, paciencia y método: es el momento de ordenar y archivar los materiales, retocar los dibujos, pasar a escala los planos e iniciar la redacción de lo que será resultado visible del esfuerzo realizado.

El trabajo concluye con dos capítulos que lo complementan. En el primero de ellos destaca el valor que el dibujo sigue teniendo para el etnógrafo, a pesar del empleo de la fotografía, puesto que permite una

selección y un realce de los elementos más significativos. En el segundo apunta la posibilidad de representar gráficamente una tradición oral, a la vez que hace unas consideraciones sobre la función del mito y el rito en la sociedad, todo ello a partir de la oración de San Bartolomé y de la historia encadenada del Quiquiriquí, en cuyo simbolismo profundiza con notable sutileza.

La obra se enriquece con la inclusión de numerosos mapas, dibujos, gráficos y tipos de fichas que sirven como ejemplo de todo lo expuesto y como modelo útil para quienes se interesen por el tema.

De su lectura se desprende la complejidad que conlleva una investigación etnográfica seria y rigurosa. Su consulta será obligada para aquellos que quieran ahondar en el conocimiento del hombre a través del estudio etnológico y también para los lingüistas que, en la realización de sus encuestas dialectales, encuentran el mismo tipo de dificultades, y cuyas tareas pueden ser perfectamente compatibles, como se demuestra en el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias* o el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*.

Es, además, un libro ameno, entretenido, poético en ciertos momentos —como en la reproducción de algunos pasajes de su cuaderno de notas— que refleja el cariño y entusiasmo del autor hacia el tema que le ocupa, y una especial sensibilidad que le permite acercarse a los detalles, a las cosas aparentemente insignificantes pero llenas de contenido. Insistiremos, para concluir, en la utilidad de estos sabios consejos dictados por la experiencia acumulada a través de muchos años de estudio e investigación en distintas partes del mundo.

Rosa María Castañer Martín  
Universidad de Zaragoza

Antonio BELTRAN MARTINEZ, *Introducción al folklore aragonés* (II). Zaragoza, Guara Editorial, 1980 (Colección Básica Aragonesa, números 22-23), 269 págs.

En el tomo XXVIII-XXIX de AFA reseñábamos el primer volumen de esta obra de A. Beltrán Martínez. Allí exponíamos la temática que el autor se proponía desarrollar a lo largo de los cuatro volúmenes proyectados. Queremos ahora dar noticia del contenido del segundo de ellos.

Comienza B. M. agradeciendo las sugerencias y los datos recibidos a raíz de la publicación del primer volumen, e inicia este segundo con una serie de adiciones al contenido del anterior. A partir de aquí nos presenta la materia dividida en tres grandes apartados, los tres dedicados a las manifestaciones musicales y a los diferentes tipos de baile aragonés: *Cantos y bailes. Bailes y coplas de acompañamiento. El baile aragonés.*

B. M. se apoya en los repertorios de Arnaudas, Mingote, Mur Bernad y Garcés. Antes de entrar en materia, advierte que los desplazamientos de olivaderos, pastores, aserradores, etc., han motivado la importación de melodías y letras de otras tierras haciendo difícil, en muchos casos, la identificación de las verdaderamente aragonesas.

Dentro del primer apartado diferencia entre cantos religiosos (auro-ras, gozos, avemarias y salves, cantos de rogativa y de procesión, cantos de Semana Santa y de penitencia) y cantos profanos. Recoge, con datos muy interesantes, las costumbres que acompañan su ejecución. Destacan entre todos estos cantos las *albadas* y los de las mujeres mientras hilan, junto con los cantos de trilla, de siega, los de la recogida de la aceituna (oliveras) en el Bajo Aragón. Se detiene B. M. en la descripción de los antiguos *mayos* correspondientes a las viejas fiestas de primavera, relacionados con ritos agrícolas, especialmente vigentes en la Sierra de Albarracín.

El segundo apartado está dedicado a la *jota*. Además de incluir los ejemplos más notables, se encuentra en él un documentado estudio sobre su origen y variantes, con las distintas etimologías propuestas para su denominación. Fue la popularidad de la jota la causante de la decadencia de los restantes tipos de baile aragonés. Estos bailes —agrupados en el último apartado— se deben a la imitación popular de bailes de creación erudita, bailes señoriales que conocemos a través de fórmulas dieciochescas como la Contradanza de Cetina, que el autor relaciona con danzas guerreras muy antiguas, o los bailes de *cintas*.

B. M. considera especialmente el *dance* aragonés. Apoyándose en una amplia bibliografía, señala sus antecedentes litúrgicos, su origen pirenaico y sus ejemplos más notables: la "Morisma" de Aínsa o el *dance* de Yebra de Basa dedicado a Santa Orosia. El *dance* de Sena, tal como lo publicó Ricardo del Arco, cierra el estudio junto con una lista de los *dances* más importantes de Aragón, en la que constan la localidad, dedicación, fecha y peculiaridades.

El trabajo de A. Beltrán Martínez tiene el mérito de rescatar para un público amplio las manifestaciones populares de Aragón que el protagonismo de la jota había desterrado de estudios anteriores. Cantos, bailes y costumbres se entrelazan y muestran las diversas facetas de la realidad aragonesa.

Pilar García Mouton

Departamento de Geografía Lingüística

Josefina ROMA RIU, *Aragón y el carnaval*. Zaragoza, Guara, 1980, 125 págs.

Esta obra intenta ser una aproximación al complejo mundo del carnaval. La autora pretende mostrar los rasgos característicos de este tipo de celebraciones y ahondar en el sentido original, en la función y simbología de lo que para ella es "la fiesta de fiestas, la fiesta por excelencia, sin la celebración de la cual una sociedad no puede marchar" (pág. 16).

En los primeros capítulos trata de explicar el origen de este fenómeno, repetido en multitud de culturas, y que, para Josefina Roma, no está en la influencia ejercida por un determinado pueblo sobre el resto, sino que debe buscarse en el carácter uniforme del hombre que, sea cual sea su procedencia, reacciona de forma idéntica ante situaciones semejantes.

Por esta razón, en lugares entre los que no ha existido ningún tipo de lazo cultural, se repiten los rasgos que definen básicamente al carnaval: la celebración del final del invierno, interacción entre el mundo tangible y el Más Allá, necesidad de una purificación individual y colectiva, inversión del tiempo y de la vida cotidiana.

Tras estos preliminares, inicia un acercamiento a las creencias y costumbres tradicionales, cuyo conocimiento resulta indispensable para comprender el carnaval en todo su contenido y, con este propósito, se centra en dos aspectos fundamentales: visión temporal y presencia de los difuntos en la comunidad. La mentalidad popular no es fatalista, el tiempo no pasa irremediamente, los hechos se repiten en un sistema cíclico perfecto, y los muertos permanecen en el ámbito familiar velando por los suyos. Existe, además, la posibilidad de intervenir en la marcha de los acontecimientos y lograr que el ciclo se repita con exactitud; para ello, así como para obtener la protección de los difuntos, es preciso realizar los rituales y ofrendas necesarios en el momento apropiado.

Llegamos así al auténtico significado de las fiestas primitivas, el *rito*, que, con la progresiva evolución de la sociedad, fue desapareciendo paulatinamente. Y en este sentido debe entenderse el carnaval: como un conjunto de ceremonias destinado a asegurar la vida en la época cósmica más peligrosa del año, acrecentar la fertilidad del universo con la llegada de la primavera y guiar a los difuntos en un momento en que, según la tradición, vagan por el mundo.

Observa la autora cómo los motivos del carnaval se repiten en otros momentos del año, incorporándose a las fiestas mayores de una determinada localidad que los interpreta simplemente como signo de fiesta. Cita, entre otros ejemplos, las del 14 de septiembre en Graus, y se refiere a celebraciones tan fuertemente arraigadas en el pueblo como San Antonio, Santa Agueda, la Candelera, situadas dentro del ciclo de invierno que culmina con el carnaval. También en este caso

sería necesario —señala Josefina Roma— el examen profundo de unas actividades que se relacionarían sin duda con las ceremonias precristianas y que se ve dificultado por los cambios realizados en el calendario y el desplazamiento de determinadas festividades fuera del entorno que les dio origen.

Se ocupa, asimismo, del estudio de la representación teatral y de los dances como derivaciones del carnaval. Su simbología básica es la lucha entre la vida y la muerte, el bien y el mal, que en cada comunidad se concreta según sus acontecimientos históricos, y así, no es extraño que en Aragón la Reconquista fuera el tema más representado; los dances tenían, además, una intención pedagógica, en cuanto iniciación de los jóvenes en las tareas del grupo.

El carnaval había perdido ya en el momento de ser prohibido su sentido originario y mantenía sólo sus rasgos externos de fiesta, con una pequeña carga de crítica social y liberación sexual. En estos momentos, concluye la autora, se intenta recuperarlo; pero no debe hacerse de manera repetitiva, sino con un análisis profundo que permita “conocer los resortes que nuestros antepasados quisieron mover con su ritual, para no repetir unas formas vacías de contenido y de su carga crítica” (pág. 122).

Como la propia Josefina Roma indica en la introducción, esta obra no es un estudio exhaustivo de los distintos carnavales que se celebraban en Aragón, ya que su objetivo, sobradamente cumplido, era mostrar, a través de unos rasgos básicos, ejemplificados en distintos lugares, el significado y alcance de esta fiesta. El trabajo, que es exposición de los primeros resultados de su investigación, aunque resulta en algún momento confuso y precisaría tal vez profundizar sobre ciertos aspectos, apunta hechos verdaderamente interesantes que hacen esperar de la autora una continuidad en la empresa que ha acometido, y así contribuir a un mejor conocimiento de las raíces y valores tradicionales.

*Rosa María Castañer Martín*  
 Universidad de Zaragoza

Eliseo SERRANO MARTIN, *Tradiciones festivas zaragozanas*. Zaragoza, Excmo. Ayuntamiento, 1981, 261 págs.

El resurgir de los sentimientos regionalistas ha provocado en los últimos tiempos un deseo de conocer y recuperar las más arraigadas tradiciones, que se manifiesta en la publicación de numerosos trabajos referidos a temas populares. En este marco se sitúa la obra de Eliseo Serrano, quien se fija en un aspecto fundamental para llegar a comprender la personalidad de un pueblo: sus fiestas.

El libro consta de dos partes claramente diferenciadas: la primera se ocupa del estudio y descripción de los elementos festivos zaragozanos —que, en general, no son exclusivos de la ciudad—, y la segunda se dedica al examen de las fiestas concretas y al análisis de sus diversos componentes.

En el primer apartado, destaca el capítulo referido a la música y bailes, donde se detiene especialmente en la manifestación folklórica más característica de Aragón, la *jota* —recogiendo las distintas teorías dadas sobre su origen y las etapas de formación— y en los *dances* que, con una finalidad religiosa y educativa, combinaban música, textos dialogados y danzas. En Zaragoza tuvieron especial importancia el de las Tenerías y el de San Miguel. Alude, igualmente, a algunos bailes que, conocidos en toda la Península e incluso fuera de ella, gozaron aquí de gran estimación: la *gallarda*, la *contradanza* o el *baile de los matachines*.

Había otros elementos que no podían faltar en la Zaragoza festiva: los *gigantes* y *cabezudos* que, junto a los *caballitos* —hoy desaparecidos— ya recorrían las calles de la ciudad a mediados del siglo XVI, acompañando a comparsas y procesiones. En circunstancias especiales se hacían *mojigangas* —desfiles con disfraces ridículos—, construían *arcos* y *carros triunfales*, organizaban representaciones populares, como la *boda aldeana*, o preparaban *torneos*, que alcanzaron una gran vistosidad y prestigio hasta su desaparición a mediados del XVII.

Gran importancia y brillantez adquieren los festejos taurinos que suponían un espectáculo total, al conjugar las variadas suertes del toreo (*cestones*, *montar los toros*, *dominguillos*, etc.) con las rifas, disfraces, pantomimas, o la actuación de equilibristas y volatineros. Hace referencia, finalmente, a la importancia de los fuegos artificiales y a tradiciones como la *encamisada* o las *parejas disfrazadas*, entre otras.

El autor agrupa las fiestas más características de la ciudad en cinco series: ciclo de invierno (Carnaval, Navidad, Semana Santa), ciclo de verano (Corpus Christi, San Juan, Santa Ana y romerías), fiestas ciudadanas (la Cincomarzada, San Valero, el Ángel Custodio, el Pilar), fiestas políticas (San Jorge, el “primero de mayo”) y fiestas extraordinarias (motivadas por una visita real, una coronación, etc.).

Dentro del ciclo de invierno, dedica gran atención al Carnaval, y facilita notas interesantes sobre su desarrollo en la ciudad; comenzaba

el *jueves lardero*, alcanzaba su punto culminante el *domingo gordo* o de *Quincuagésima*, *lunes* y *martes de Carnaval*, y finalizaba el *domingo de piñata*, con el entierro de don Carnal.

Por otra parte, las procesiones del Corpus tenían una gran vistosidad, con acompañamiento de música, danzantes, gigantes y cabezudos y carros en los que, en determinados puntos, se realizaban representaciones de entremeses.

Sería muy largo intentar dar siquiera referencia de todas las celebraciones descritas en la obra. Destacaremos, para concluir, los capítulos destinados a subrayar las vicisitudes sufridas por fiestas como la Cincomarzada, San Jorge o el primero de mayo, sin olvidar la importancia de las Fiestas del Pilar, cuya implantación oficial data de principios del siglo XIX, y que son en la actualidad las más representativas de la ciudad.

Se trata, en definitiva, de una obra seria y rigurosa, en la que Eliseo Serrano proporciona numerosos datos sobre los orígenes, desarrollo y características de los festejos que aquí hemos enumerado. Los materiales que maneja, preferentemente crónicas relativas a las visitas reales, con pormenorizadas descripciones de los actos organizados con tal motivo, nos ofrecen una visión interesante de nuestras tradiciones festivas y además nos ponen en contacto con la organización social del momento y con las circunstancias histórico-políticas que tenían lugar.

Rosa María Castañer Martín  
Universidad de Zaragoza

Adolfo ARAGÜES y Javier LUCIENTES, *Fauna de Aragón: Las aves. (Una defensa de nuestros ecosistemas)*. Zaragoza, Guara Editorial, 1980, 212 págs. (Colección básica aragonesa, 28-29).

Aunque no somos especialistas en ornitología, pero sí aficionados, queremos dar cuenta en estas páginas de un pequeño e interesante libro sobre una de las cosas más vitales y desconocidas, a pesar de que están con nosotros siempre, de Aragón. Sus aves.

No se trata de una guía ornitológica, como podría hacer pensar su título, y bien claro lo dicen sus autores: "este escrito no es una guía de identificación de aves" (pág. 14), pues existen muchos otros libros de ese tipo en el mercado. Es una exposición amena, apoyada en mul-



titud de datos obtenidos del trabajo de campo, sobre las aves en general, así como de sus hábitats o "ecosistemas" aragoneses, dedicando treinta y tres páginas (88-121) a las aves en peligro de extinción o ya extinguidas en Aragón y exponiendo la posibilidad de su reintroducción.

Desde nuestro punto de vista de filólogos, quizá lo más interesante sean los nombres de las diversas aves en lo que los autores han dado en llamar "vernáculo aragonés" (pp. 39-55, columna tercera), y así demostrar a Keith Whinnom (*A glossary of Spanish bird-names*. London. Támesis Books. 1966) que los dialectos españoles tienen terminología para designar a todas y cada una de las aves que vuelan por nuestros cielos, y que no todos llamamos a "all gulls gaviotas".

José M. Fradejas Rueda  
Instituto "Miguel de Cervantes"

*El Miracle de Lutxent i els Corporals de Daroca. Relacions i Documents estudiats pel Dr. Roc Chabàs*, edición facsímil. Diputación Provincial, Valencia, 1981.

El canónigo de Valencia Roque Chabás, estudioso e investigador de temas valencianos (1844-1912), recopila y estudia los documentos referentes al milagro de Luchente, importante suceso acaecido en este pueblo del Valle de Albaida (Valencia) durante la Reconquista de las tierras valencianas, llevada a cabo por aragoneses y catalanes al mando del Rey Don Jaime I. Como testimonio de este notable hecho se conservan varios documentos y en la Colegiata de Daroca (Zaragoza) los famosos Corporales.

La edición que acaba de publicar la Diputación de Valencia no indica la fecha de la primera que dio a la luz pública Roque Chabás, aunque la reproduce sin ningún cambio, parece ser, ni nuevo estudio, si exceptuamos la adición del documento facsímil que se conservaba en la ermita de Luchente, que es el que había transcrito el citado autor.

El libro consta de un capítulo que titula *Estudio Preliminar* y trata en forma bastante escueta de los documentos consultados por él, preferentemente el reproducido en facsímil. Comienza haciendo referencia a las indagaciones que efectuó en el Archivo de la Colegiata de Daroca y en su visita al lugar donde se realizó el prodigio. Luego pasa

a hablar de la documentación. En primer lugar del documento facsímil, que transcribe en diferentes capítulos de la obra. Procede del Monasterio de Luchente, está escrito en letra del siglo XV, tiene una extensión de 63 páginas y parece haber sido redactado por Fray Luch Gualbes (o Galbes). Está dedicado a doña Leonor de Próxita, esposa de Nicolás de Próxita, Señor de Luchente. A continuación alude al fundador del convento don Olfo de Próxita en 1423, y a sus descendientes, basándose en lo que dice el historiador Escolano. Califica de verosímil el relato del documento, aunque señala que las aserciones de Daroca y Chiva están más cercanas a los hechos. No obstante valora como más importante el documento del obispo Gastón, que se muestra más objetivo al ser parte no interesada y estar más inclinado a descubrir la verdad. El documento de Fray Gualbes y los de Chiva y Daroca indican, según él, que el milagro ocurrió antes de la conquista de Valencia —lo que rebate de forma contundente apoyándose en la *Crónica de Don Jaime*— y que algunos de los detalles referentes a los personajes que intervienen no corresponden a la realidad. Al final añade varias citas: de Fray Tomás Fuster, de los historiadores valencianos Beuter y Escolano, también relativas al tema.

Transcribe luego el documento facsímil escrito en valenciano. Se trata de la *Ystoria de Sanct Corporcrist de Luchent*. Se indica aquí que los antiguos fueron solícitos siempre en dejar los sucesos escritos, no solamente en lo que se refiere a alguna ciencia o arte, sino también a otros hechos dignos de recuerdo que ocurrieron por la gracia Divina conferida a la naturaleza humana. Se citan personajes bíblicos: Moisés, Samuel, Josué; filósofos y poetas clásicos: Aristóteles, Platón, etc.; Virgilio, Ovidio, etc., signo evidente de la erudición que poseía Fray Gualbes. El milagro de los Corporales habría ocurrido para la mayor gloria de Dios y para fortalecer la fe y aumentar la devoción cristianas. Tal era la forma de ver las cosas en la época medieval donde los hombres luchaban por unos ideales religiosos. Todo el relato está dedicado a doña Leonor de Próxita y de Castellet, Condesa de Adversa y Señora de las baronías de Almenara y Luchente, dama piadosa y devota.

Continúa la transcripción en varios capítulos que enumeramos y resumimos en castellano a continuación.

Capítulo I: *De la entrada dels cristians en lo Regne de Valencia e com asitiaren lo castell del Chio*. Reinando Don Jaime I, Rey de Aragón y de Mallorca, Conde de Barcelona y Señor de Montpellier, todo el Reino de Valencia era ocupado por los árabes. Los hombres de Don Jaime que ya habían conquistado Mallorca a los moros decidieron hacer incursiones en él. Entre los caballeros se citan: Don Berenguer Denença (capitán general del Rey), Don Fernando Sanchiz de Ayerve, Don Pedro de Luna, Don Pedro Eximeneç Carroç y Don Ramón Cardona, con 225 hombres de a caballo y 550 de a pie el año 1235, que discurren por el camino de Jérica y Segorbe, anduvieron por delante de Valencia, después cruzaron el río Júcar y entraron en el Valle de Al-

baida por el camino que había entre Pinet y Barcheta. El primer castillo que hallaron fue el de Chiva, e inmediatamente Don Berenguer decidió sitiario. Desde el castillo los moros pidieron socorro con humareda y el aviso se extendió de fortaleza en fortaleza por todo el territorio. Los moros estaban asustados por la presencia de los cristianos que habían conquistado Mallorca. El rey de Albaida enviaba correos a los reyes de Valencia, Játiva, Alcira, etc., pero ninguno acudía a ayudarles.

Capítulo II: *Del socors del castell del Chiu e del delíber quels cristians feren.* Durante cinco días era sitiado el castillo por los cristianos. Los reyes moros decidieron, ante las instancias del rey de Albaida, no sólo socorrer el castillo de Chiva, sino cautivar o matar a todos los cristianos que lo tenían asediado. Los moros de Valencia, Alcira, Játiva, Montesa, Enguera, Alcoy, Cocentaina, Gandía, Oliva, Denia, se dirigieron al Valle de Albaida una noche y dejaron los puertos y caminos provistos de gente armada para que los controlaran y así no pudieran escapar los cristianos. Los moros llegaban en multitud como enjambres de abejas, según Fray Gualbes, por cada cristiano había más de cien moros. Un sábado, cuando el alba aclarecía, todos los moros gritaron a la vez, con tal fuerza, que causó espanto a los cristianos. Las montañas estaban cubiertas de moros, excepto el Puig del Codol donde se hallaban los cristianos que no pasaban de mil. Ante esta situación Don Berenguer Dentença les lanzó una arenga a sus hombres para que se mantuvieran firmes y no flaqueasen ante el enemigo, recordándoles las pasadas victorias y haciéndoles ver que los moros sólo esperaban conseguir la victoria si ellos desfallecían y huían, porque todos los caminos estaban controlados y los moros no eran guerreros, sino sastres, carpinteros, herreros, etc., y no sabían manejar las armas. Por eso deberían mostrarse animosos y valientes, sólo así no se atreverían a atacarles y terminarían huyendo. Por otra parte, también les dijo que tenía esperanza de alcanzar la victoria porque era sábado, día dedicado a la Virgen María, abogada de los fieles cristianos. Terminó instándoles a que se confesaran y se pusieran en paz con Dios, y como sólo había seis presbíteros, que no bastaban para escuchar en confesión a todos los guerreros, les aconsejó que lo hicieran entre ellos y después comulgaran. Oído el discurso, respondió Don Ferrando Sanchiz de Yerve que era preferible empezar a combatir que esperar al día siguiente, una vez confesados y oída la misa, porque el número de moros podría aumentar. Dio orden Don Berenguer Dentença de que comenzara la batalla al grito de ¡Aragón! ¡Santa María!; y para que se reconocieran unos a otros cada uno se ató un ramo de palma al brazo y se puso en el pecho una cruz bermeja o blanca.

Capítulo III: *De la primera batalla quels cristians donaren contra los moros.* Los moros quedaron admirados al ver que los cristianos llevaban el distintivo del ramo de palmera y la cruz. Ellos también se señalaron con ramas de lentisco, que Fray Gualbes le llama en

valenciano *mata* y la toma como signo que pronosticaba el mal que les iba a suceder, pues significaba la gran matanza que iban a realizar los cristianos, así como la palma de los cristianos significaba su victoria. Don Berenguer Dentença, ejecutando la deliberación del consejo, mandó que todos tuviesen a punto las armas y oyeran la misa armados. En la ceremonia religiosa el capellán oficiante dirigió unas palabras a los soldados, les dio ánimos y les dijo que en la batalla, delante de ellos, innumerable multitud de ángeles iría contra los enemigos de Dios y de la santa fe católica para postrarlos, reducirlos o matarlos. Citó a personajes bíblicos y terminó exhortando a los guerreros para que hicieran un esfuerzo de valentía y pensaran que combatían no contra hombres, sino contra machos cabríos, liebres o raposas. Esta actitud del presbítero demuestra una mentalidad cerrada y una forma de ver las cosas distinta a la actual. Terminó de hablar y los moros comenzaron a gritar y a subir hacia donde se hallaban los cristianos. Don Berenguer ordenó al sacerdote que escondiera en un lugar oculto el Santísimo Sacramento. Cuando se daba la batalla, el sacerdote tomó los corporales con cinco hostias consagradas, los dobló, envolvió en otro paño y los escondió dentro de una palmera, cubriéndolos con piedras. Mientras continuaba la batalla los sacerdotes miraban, rezaban y bendecían a los que participaban en la lucha. Los moros fueron derrotados y comenzaron a huir.

Capítulo IV: *Del miracle dels Sants Corporals e de la segona batalla en la qual foren totalment vençuts e lo Castell pres.* El ejército de los cristianos encontró a los capellanes arrodillados, con lágrimas de alegría y cantando el *Te Deum*. Se juntaron con la hueste que volvía de la batalla y continuaron cantando el *Te Deum*. Fueron al altar donde habían celebrado la misa y cantaron la *Salve Regina* y dieron gracias al Señor por la victoria. Don Berenguer mostró deseos de comulgar en acción de gracias, preguntó por el Santísimo y el presbítero respondió que lo había escondido. Fue a buscarlo, el Dentença se brindó a acompañarle e hizo encender antorchas, cirios y candelas para llevarlo con solemnidad. En la comitiva iban también los otros sacerdotes vestidos con las ropas sacerdotales y detrás los capitanes con toda la tropa. El capellán, arrodillado, apartó las piedras, tomó los corporales y los llevó con reverencia hasta el altar donde volvió a arrodillarse. Al desplegar los corporales vio que las cinco hostias se habían convertido en carne sanguinolenta y quedó estupefacto y admirado sin saber qué hacer y qué decir. Todos quedaron maravillados de tal prodigio y lo consideraron un milagro de la divinidad. El presbítero habló y les dijo que tal maravilla era para confirmar la fe, para que ninguno dudase que bajo las especies del pan material está la verdadera carne de Nuestro Redentor, y para que tuvieran perpetua memoria de la victoria sobre los enemigos de la fe.

Don Berenguer dio orden de que todos los hombres almorzaran porque tenía pensado dar otra batalla a los moros. Así como los hijos de Israel se servían en las batallas del arca del testamento, así él qui-

so servirse de los Santos Corporales. Hizó ensillar una mula blanca muy bella, botín de la primera batalla ganada a los moros, y mandó montar en ella al presbítero que había celebrado la misa, vistiéndolo con un tabardo de grana, el cual llevaba en las manos el relicario con los Santos Corporales e iba delante de todos en la batalla. Detrás iba un noble de la casa de Aragón, que llevaba la bandera real diciendo a grandes voces: "Aragón, Santa María; Aragón, Santa María". Después venían los hombres de a pie y los de a caballo, que se dividieron en dos partes. El capellán que llevaba el relicario comenzó a rezar en latín y los moros, espantados ante la virtud divina del milagro de los Corporales, empezaron a huir unos hacia Pinet, otros hacia Benicolet, por las montañas de Vilella, por barrancos, y en menos de media hora las montañas que estaban cubiertas de morisma quedaron limpias. Los cristianos al ver que los del río Pinet huían, llevaron la batalla contra los moros del Castillo de Chiva. Comenzaron a subir los cristianos por una parte de la montaña y los moros que estaban dentro del castillo huyeron y lo dejaron vacío. Los que estaban en la falda de la montaña unos huyeron, otros se dieron por presos de los cristianos. Don Berenguer Dentença, con otros capitanes, subió al castillo y en él alzó la bandera de Aragón, derrocando las banderas de los moros. Sus guerreros se llevaron todas las armas, ropas, etc., que hallaron en el castillo al campamento de los cristianos. Después hizo derruir por cuatro partes el muro del castillo y prenderle fuego para que de allí en adelante no pudieran hacerse fuertes los moros. Una vez alcanzada la victoria de los Santos Corporales volvió al campo de batalla y dio licencia a todos sus hombres, de a pie y de a caballo, para que fuesen a robar al campo de los moros, por todas las montañas en busca de armas, ropa, bestias, que habían dejado en la huida.

Capítulo V: *De la questio que fon sobre els Sants Corporals e com miraculosament forent portats en Daroca.* Cuando los cristianos hubieron tomado el botín de los moros mandó el capitán Don Berenguer Dentença que todo lo que habían cobrado lo llevaran a la comunidad para repartirlo como era costumbre en las guerras. Hecho el reparto todos quedaron muy contentos. Pero el espíritu maligno fomentó la cizaña y la sedición a causa de los Santos Corporales, pues los aragoneses los querían para Aragón y los catalanes para Cataluña. Además cada aragonés y cada catalán lo quería para su lugar o ciudad. Don Berenguer dijo que no eran ellos los que debían decidir sobre la posesión de los Corporales, y determinó que el capellán con ellos en las manos montara en la mula blanca y que la dejaran sin freno para que fuera libremente donde quisiera y allí donde finalmente llegara serían legados los Santos Corporales. Todos los capitanes alabaron y aprobaron lo dicho por Don Berenguer. A la mañana siguiente, después de la misa, el capellán montó, llevando los Corporales, en la mula blanca y ésta emprendió la marcha hacia Pinet, pasó al lado de Barcheta y se dirigió hacia Valencia. Iban detrás los otros presbíteros alabando a Dios igual que el que portaba los Corporales. Le seguía el que llevaba

la bandera de Aragón y detrás toda la gente de a caballo y a pie. Cuando era la hora cercana al mediodía, la mula se apartaba del camino y entraba a pacer a algún campo. Todo el ejército se detenía y le daban cebada a ella y a las demás caballerías; descabalgaba el capellán, todos los hombres y comían. Una vez habían satisfecho su hambre, el presbítero volvía a montar y la mula continuaba su marcha seguida por los demás. Cuando llegaba la noche todos se detenían donde la mula lo hacía, montaban las tiendas, una especial para los Corporales con la Santa Reliquia, allí reposaban toda la noche y al día siguiente seguían su camino. Pasaron por Segorbe y Jérica, entraron en Aragón, ya tierra de cristianos. Fue tanta la virtud de los Santos Corporales que los moros, durante el trayecto, no se atrevieron a acercarse al ejército de los cristianos. Por todos los pueblos de fe cristiana comenzó a divulgarse el milagro. A partir de entonces llevaban a los enfermos al encuentro de los Corporales, todos arrodillados pedían misericordia mientras la mula se detenía y el sacerdote los mostraba para su mayor gloria. Dios se permitió realizar varios milagros en aquellas personas necesitadas de salud. Otras veces salían al encuentro de la comitiva con cebada y forraje para las caballerías. La mula no llegó a entrar en ninguna ciudad, por todas pasaba de largo; así llegó hasta Daroca, pasó por fuera de la villa. Delante de la puerta que miraba hacia Calatayud estaba la iglesia de San Marcos, entró en ella y se arrodilló ante el altar mayor. Todos tomaron el suceso como voluntad divina. Los de Daroca radiaban de alegría y organizaron grandes fiestas para celebrarlo. Los Corporales quedaron depositados allí.

Los capitanes contaron al Rey Don Jaime lo ocurrido y le hicieron ver que era empresa fácil y sencilla conquistar las tierras del Reino de Valencia.

Años después, al no recibir el culto que les correspondía a los Corporales en la iglesia de San Marcos, por orden del Papa fueron trasladados a la iglesia principal de Daroca.

Capítulo VI: *Com los de Luchent miraculosament trovaren lo lloch hon era estat fet lo miracle dels Sants Corporals gloriosos.* El Rey Don Jaime había oído hablar de la fama del santo milagro. Movido por gran devoción fue a Daroca y cuando vio los Santos Corporales decidió conquistar el Reino de Valencia que estaba en poder de los moros, para así bendecir y alabar el nombre de Jesús. Cuando tomó victoriosamente todo el Reino, edificó en él iglesias y monasterios para que el nombre de Dios fuera loado y magnificado por siempre. También fue conquistado el Valle de Albaida y la villa de Luchente pasó a pertenecer a la muy noble Señora Doña María.

Los cristianos de todo el Reino, especialmente los del Valle de Albaida, deseaban conocer el lugar donde acaeció el divino prodigio de los Santos Corporales que se veneraban en Daroca. Como los cristianos de Luchente eran nuevos pobladores no sabían dar razón más que del castillo de Chiva derruido. Mosen Balaguer Figueru, que era rec-

tor de Luchente, a fin de que el lugar de tan maravillosa señal y prodigio fuera reverenciado y venerado, con voluntad de la Señora Doña María y de todo el pueblo, ordenó que todos los días cuando se celebrara la misa mayor de Luchente, después del *Pater noster* y el *Agnus*, el sacerdote en el altar elevara una especial oración y al mismo tiempo la campana hiciera una señal para que todos los cristianos se arrodillaran y con el presbítero suplicasen a Dios que por honor y gloria de su Santo Nombre, y para consuelo de todo el pueblo, volviese a mostrar y revelar el lugar del milagro de los Corporales. Cuando llevaban una temporada rezando con gran devoción la plegaria, la Divina Misericordia, que jamás ha defraudado a los que esperan de ella, reveló el lugar del prodigio. En él apareció una cruz resplandeciente que apagaba la claridad del sol y se veía de cualquier parte del Valle de Albaida. En aquel lugar edificaron una iglesia cuya primera piedra la colocó Doña María, que pagó gran parte de la construcción y de los ornamentos de dicha iglesia.

Capítulo VII: *De la illuminaria que moltes vegades ses demostrada es demostra sovint sobre lo dit sant lloch del monestir dels frares del Orde de Predicadors de Luchent.* Antes de que el lugar santo fuese señalado por el milagro de la cruz resplandeciente, la fuerza divina quiso mostrar con aparición de luces la santidad y carácter sagrado del lugar. Los habitantes del Valle de Albaida vieron durante la noche varias veces dos luces clarísimas que ni lluvia ni viento las alteraba. Dio testimonio del suceso mucha gente, hasta un moro que vivía en la alquería de Pinet y que tenía por nombre Abdalla.

Fray Gualbes termina hablando del reposo y consuelo que han encontrado las personas afligidas en el monasterio de Luchente de la Orden de Predicadores.

Capítulo VIII: *Dels innumerables miracles que cascun dia se fan en la sancta casa del precios Corpo Crist de Luchent.* Indica Fray Gualbes que resultaría muy prolijo relatar todos los milagros ocurridos en este monasterio. No obstante las dádivas que allí se muestran lo testifican, y también la multitud de gente de todos los pueblos que lo visita a lo largo del año para cumplir votos y promesas por las gracias recibidas. Exhorta a que ante la enfermedad, la difamación, cualquier congoja, necesidad, etc., se recurra al Santo Cuerpo de Cristo de Luchente, porque El otorgará la salud, el honor, la paz, etc., a quien se lo pida.

Capítulo IX y último: *De les grans indulgencies quel nostre Sant Pare ha torgades als qui visitaran e faran almoyna a la casa del sant Corpus Crist de Luchent.* Don Nicolás de Prochita, Conde de Versa y Señor de la baronía de Almenara y Luchente pidió indulgencias al Santo Padre Pío II.

*Nuevos Documentos.* Se transcribe un pergamino del siglo XIV (1340) hallado por Roque Chabás en la Colegiata de Daroca. La diferencia con el documento anterior radica en lo siguiente: después de alzar a

Dios en la misa, al colocar las hostias consagradas sobre los corporales se convirtieron en verdadera sangre. Se sortearon los corporales después del maravilloso prodigio y les tocaron en suerte por tres veces a los de Daroca. Seguidamente se llevó a cabo el experimento con la mula, igual que en el documento transcrito anteriormente.

Se reproduce otro texto en latín alusivo al milagro, tomado del *Libro de Colaciones*, de 1341, que se halla en el Archivo de la Curia Eclesiástica de Valencia.

Por último, en un apartado final, trata de la *Crónica de Don Jaime I*. El Rey Don Jaime dio a Don Berenguer Dentença el castillo de Chiva y en él edificó dicho señor una capilla.

*Natividad Nebot Calpe*